

Cuadernos del Sur

Número 14 ■ OCTUBRE de 1992

Tierra  fuego
del

rubén r. dri

500 ACUMULACION AÑOS DE CAPITAL, GENOCIDIO Y TEOLOGIA

A quinientos, años del inicio de la era capitalista, de la que el “descubrimiento” y la conquista de América es un momento esencial, se produce el colapso del denominado “socialismo real”. Lo que pretendía ser la superación del capitalismo, parece no haber sido más que un paréntesis en su avance arrollador. Con la caída del muro de Berlín se produce, en el sentir de los voceros de las clases dominantes, el “fin de las ideologías”, el “fin de la utopía”. En nuestro país, Argentina, cada vez más abajo en el empobrecido Tercer Mundo, aunque con ínfulas de pretensiones primermundistas en su cúpula política, este fin de la utopía fue expresado como “posibilismo” en la época del presidente Alfonsín, para ser reemplazado luego, en la actual etapa de Menem, por el “pragmatismo”.

No sólo cayó el “socialismo real”, sino que los movimientos de liberación que hasta cerca de la década de los 80' se mostraron activos, preocupando seriamente al imperio, fueron aplastados, dándose las clases dominantes el lujo de sustituir las dictaduras militares por gobiernos “democráticos” que rivalizan en celo con las dictaduras por cumplir las exigencias imperiales expresadas por órganos como el FMI, la banca Mundial, el Departamento de Estado o directamente la embajada que el imperio ha instalado en cada uno de los países. De esta manera, parece cierto que hemos llegado al “fin de la historia” según la conocida tesis de Fukuyama.

Derrota del socialismo, aplastamiento de los movimientos de liberación, triunfo definitivo del capitalismo como el mejor sistema de organización social para la humanidad, sin contendientes a la vista, significan, en consecuencia, fin de las ideologías, fin de la utopía, fin de la historia. Un mundo homogéneo, sin contradicciones dignas de ese nombre, no sólo asoma en el horizonte, sino que ya se ha instalado entre nosotros.

Pero, ¿responde efectivamente esta visión a la verdadera realidad? ¿Han sucedido o están sucediendo efectivamente así las cosas? Hay signos que nos muestran una realidad totalmente contraria a esas afirmaciones. Nunca como

ahora la organización mundial -el "Nuevo Orden"- ha implicado la marginación de tantos millones de seres humanos. El hambre constituye una realidad que golpea con todo su dramatismo. El cólera, cuyo nombre suscita imágenes de tiempos que creíamos definitivamente superados, se ha hecho presente entre nosotros, no para irse enseguida, sino para instalarse y crecer de manera alarmante. Las guerras no sólo no han terminado, sino que cada vez se vuelven más devastadoras. La guerra del Golfo ha sido un verdadero genocidio fríamente calculado y aprobado por todas las naciones que hoy comparten el poder mundial, que no puede menos que dejar una secuela de odios y resentimientos, terreno propicio para nuevos enfrentamientos.

De hecho, el actual proyecto neoliberal, con el que se pretende ponerle un broche definitivo a la historia, implica un espantoso genocidio a nivel mundial. Poblaciones enteras de millones y millones de seres que no tienen cabida en el mismo, están condenados a la muerte, ya sea por el cólera, el hambre o directamente el exterminio violento, como aconteció en la citada guerra del Golfo.

Aquí es donde el *proyecto neoliberal llama en su auxilio a la religión y, en consecuencia, a la teología*. La religión deberá comunicar el necesario sentido, sin el cual ninguna vida humana y ninguna sociedad puede subsistir y la teología debe fundamentar, explicar y defender ese sentido.

1. El nacimiento del capitalismo y la teología

El nacimiento del capitalismo en el siglo XVI sólo fue posible mediante una previa "acumulación originaria" que implicó una dosis de violencia escalofriante. Los seres humanos movidos por sus intereses pueden ejecutar actos de violencia brutales contra sus semejantes. Esto no ofrece dudas por cuanto la historia continuamente nos alecciona al respecto. Pero no pueden decirse a sí mismos lo que están haciendo. No pueden decirse que lo que están haciendo es inhumano, injusto, violatorio de los derechos fundamentales de otras personas. Necesitan autolegitimarse, autojustificarse.

Este es un punto central para juzgar los comportamientos sociales, que generalmente no es tenido en cuenta en forma debida. Cuando se trata el tema se lo hace bajo el rubro de la ideología o de la legitimación, entendiendo por tales conceptos una justificación ante los demás. Este es un aspecto sin duda importante, esencial, pero no es el único a tener en cuenta. Tanto o más importante que la legitimación ante los demás es la autolegitimación. Nadie puede soportar por mucho tiempo actos criminales, genocidas, si no tiene a mano una vigorosa y profunda autolegitimación.

En este sentido la tesis de Max Weber sobre la necesidad de la formación de un "espíritu del capitalismo", que habría sido modelado por la ética del calvinismo ascético, entraña una profunda verdad, independientemente de todas las particularidades que pueda tener el desarrollo de la tesis weberiana.

La violencia genocida que implicaba la acumulación de capitales, previa al nacimiento capitalista, sólo podía ser llevada a cabo por hombres íntimamente convencidos de que estaban realizando una de las tareas más importantes y trascendentes de la historia. Era imposible sin comprometerlo a Dios mismo en la empresa. La religión no faltó a la cita. Allí estuvo para decirle al capitalista que era un "predestinado" ¹ que continuaba la obra de la creación dejada inconclusa por el Creador. Haciendo crecer sus fábricas, ahorrando, invirtiendo "racionalmente", "metódicamente", sometiendo a otros hombres a un trabajo agotador, incluso a mujeres y niños ² continúa la obra de Dios mismo, la creación, y "da gloria a Dios" cumpliendo de esa manera la finalidad por la cual Dios creó el mundo y puso al hombre sobre la tierra.

Dios estuvo presente, vitalmente interesado, en el nacimiento del capitalismo. Locke, el teórico de la "gloriosa revolución" de 1688, lo sabía y lo proclamó con la claridad que lo caracteriza: "Dios, que dio la tierra en común a los hombres, les dio también la razón para que se sirvan de ella de la manera más ventajosa para la vida y más conveniente para todos" ³. Dios puso la tierra a disposición de todos los hombres. La creó para todos, pero "cada hombre tiene la propiedad de su propia persona. Nadie fuera de él mismo tiene derecho alguno sobre ella. Podemos también afirmar que el esfuerzo de su cuerpo y la obra de sus manos son también auténticamente suyos. Por eso, siempre que alguien saca alguna cosa del estado en que la naturaleza la produjo y la dejó, ha puesto en esa cosa algo de su esfuerzo, le ha agregado algo que es propio suyo; y por ello, la ha convertido en propiedad suya" ⁴.

Dios está en el origen de la propiedad privada porque creó el mundo para todos en general, pero entregó a cada uno la luz de la razón y la fuerza de los músculos para que, mediante el trabajo sacasen la parte que quedarían para sí: "Al entregar Dios el mundo en común a todo el género humano le ordenó también que trabajase, y al encontrarse desprovisto de todo le obligaba a ello. Dios y su razón le mandaba que se adueñase de la tierra, es decir que la pusiese en condiciones de ser útil para la vida agregándole algo que fuese suyo: el trabajo" ⁵. Dios es el gran burgués, el creador de la burguesía, a la que tuvo en su mente desde la creación del mundo.

Si para la apropiación de la tierra era necesario desalojar de la misma a aquellos que se oponían -los campesinos- esto encontraba perfecta justificación en cuanto que ésa era la voluntad de Dios, creador del universo. La violencia en el centro mismo donde habría de surgir el capitalismo se encontraba así teológicamente justificada.

Pero para el nacimiento del capitalismo fue necesario también la expoliación masiva de América, Asia y África. ¿Cómo se legitimaban las atrocidades que implicaba? ¿Era posible legitimar el genocidio que en poco tiempo, en un lapso de unos cincuenta años, costaría la vida de unos 50.000.000 de indios? ⁶.

Sólo la religión podía hacerlo, y tampoco esta vez faltó a la cita. Dios

mismo habría de ponerse nuevamente al servicio del nacimiento del capitalismo. Efectivamente, el 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón pisaba tierras americanas, tomando posesión de ellas en nombre de los reyes de Castilla y Aragón, Isabel y Fernando. Poco después, en mayo y setiembre del año siguiente, el Papa Alejandro VI daba a publicidad cuatro Bulas⁷ en las que se establecía que el Sumo Pontífice, con toda la autoridad que le otorgaba el ser "Vicario de Cristo" y "Sucesor de San Pedro", donaba las nuevas tierras descubiertas y otras por descubrir a los reyes de España.

Se trataba de una intervención en la formulación de la legitimación ideológica de la conquista iniciada; legitimación ideológica que necesariamente, por el momento histórico en que se realizaba, y por ser España su ejecutora, debía asumir formas teológicas. La legitimación ideológica no es una tarea que se realiza frente a los demás -en este caso frente a las pretensiones de otros posibles competidores de España en la empresa colonial sino que debe calar profundamente en la psiquis del mismo sujeto cuya práctica legítima. Es decir, el sujeto debe hacer, que está cumpliendo una alta misión, que mediante esa práctica se realiza a sí mismo y ayuda a la realización de los demás. La legitimación ideológica asume necesariamente la forma de una cosmovisión que otorga *plenitud de sentido* a quien la realiza.

Independientemente de si el Papa en aquel momento tenía poder sobre los reyes de España, o éstos lo tenían sobre aquél, es indudable que una aprobación explícita del Pontífice a la tarea emprendida, constituía una contribución esencial para que el conquistador tuviese tranquilidad de conciencia para realizar su tarea. En este sentido, la intervención papal es de suma importancia.

Aquí está, pues, comprometido *el sentido mismo* de la empresa en tierras americanas. Este es el punto fundamental. La conquista y colonización, en la medida en que estaban motorizadas por la necesidad de la acumulación para el lanzamiento del capitalismo, entrañaba el total sometimiento de los nativos, su reducción a mera fuerza de trabajo, pues no sólo era cuestión de extraerles el oro y la plata que ellos habían acumulado para el embellecimiento de la vida, sino también emplearlos a ellos mismos, tanto para extraer el oro y la plata -para esto se establecerá la mita- cuanto para los demás trabajos con los que se irá creando el capital que hará posible esa "grandiosa creación del espíritu humano" que es la sociedad capitalista. Para ello se establecerá la encomienda.

Naturalmente que todo esto iba a provocar resistencias en los nativos. Frente a ello sólo cabía la más despiadada represión, un genocidio. Pero no es fácil ser genocida. La propia conciencia humana se rebela, crea conflictos internos, experimenta sentimientos de culpabilidad. Estos conflictos aumentan cuando los genocidas son "cristianos" y se supone que deben amar a sus prójimos. Los conflictos pueden llevar a una paralización, o al menos a una

notable disminución de la energía que es necesario emplear para esa gigantesca empresa. Es allí donde interviene decisivamente la ideología como momento de autolegitimación, tranquilizante de conciencia e impulso para seguir en una tarea que, aunque presente aristas conflictivas, sin embargo le otorga el más alto sentido a la propia vida.

Los conquistadores entraban a sangre y fuego. Pero una cosa es matar a sangre fría y otra es hacerlo "después de haber oído misa" y de encomendarse a Dios y a Santa María, sin que falte la invocación "del nombre del Señor Santiago"⁸. Esto ya es palabra mayor. Si Dios mismo, su Santa Madre y el Señor Santiago, aquél mismo que los capitaneaba en sus luchas contra los aborrecidos moros, estaban con ellos, acompañándolos y empujándolos a la matanza, ellos se encontraban plenamente autojustificados, todo su accionar hallaba plenitud de sentido.

Los reyes de España, y luego de la muerte de los reyes católicos, Fernando e Isabel, el rey de España, la monarquía española, en una palabra; la Iglesia representada por el Papa, los obispos y los frailes; la fe católica y el "imperio de Cristo" conformaban una estrecha unidad.

La finalidad primordial nunca afirmada como tal en los documentos oficiales, pero siempre presente en las acciones de los conquistadores, era la búsqueda del oro y la plata. Luego, el aprovechamiento de la fuerza de trabajo de los nativos. Cuando éstos empiecen a faltar, a raíz de la mortandad provocada por la conquista, serán suplidos por los negros. El mismo Bartolomé de Las Casas, como es sabido, dio su asentimiento para ello. De toda esta inmensa riqueza, parte quedaba en manos de los encomenderos y lo demás fluía a Europa. Muchas veces en la misma travesía oceánica las nacientes potencias coloniales como Holanda, Inglaterra y Francia, se hacían con los botines por medio de los asaltos de los piratas. Lo demás iba a España y servía para alimentar a los ejércitos imperiales que guerreaban en el continente europeo y para las transacciones comerciales con los países que comenzaban la industrialización. Así nació el capitalismo.

Pero una empresa que conllevaba iniquidades, tantos atropellos, tal ejercicio de la crueldad y la violencia como fue la conquista de América, sólo podía realizarse si los sujetos empeñados en la misma estaban dotados de una poderosa y alta ideología, capaz de hacerlos sentirse gestores de las más altas empresas del espíritu. Esa fue la función primordial cumplida por la Iglesia, en tanto transmisora de la cosmovisión teológica que legitimaba y hacía necesaria la conquista.

No puede verse esto simplemente como una muestra de cinismo o de máscara religiosa para justificar las atrocidades. Entre los conquistadores sin duda que hubo quienes tuvieron en mayor o menor grado una buena dosis de cinismo. Pero ello no constituye lo característico. *El conquistador se sentía a sí mismo como evangelizador*⁹. Esto comunicaba sentido a sus actos y disculpaba

sus ambiciones, crueldades y crímenes. La seriedad con que esto era encarado se muestra no sólo en los múltiples documentos que nos han legado, sino en que sufren las desgracias como castigo por sus pecados¹⁰, e incluso algunos de ellos terminan sus días en un convento. Es el caso del mismo Carlos V y de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Aunque el conquistador en sus entrañas se viese movido por la más fuerte de las codicias, tenía absoluta necesidad de decirse a sí mismo que luchaba por lo más noble que puede haber sobre la tierra y en el cielo. La grandiosidad de la causa legitimaba la crueldad y la dureza de la empresa. El lucha por el engrandecimiento de la monarquía española que es, al mismo tiempo, ensanchamiento del "imperio de Cristo". Es la misión más alta que se pueda realizar sobre la tierra. Ella sola comunica plenitud de sentido a toda una vida y a las penurias que comportaba.

2. Resistencia y teología (Las Casas)

El proyecto de dominación del imperio español configura la matriz de todos los proyectos de evangelización que acompañaron a la conquista y colonización legitimándola siempre en su esencia, si bien muchas veces cuestionándola en forma crítica y apasionada, como lo hizo Bartolomé de Las Casas en forma particular, pero en general todo el movimiento indigenista encabezado por los dominicos en el siglo XVI, y continuado luego por los jesuitas en el XVIII¹¹.

El padre Joseph Acosta, aplicando a la conquista y evangelización de América, un texto de Daniel, afirma que "a este tiempo juzgó el Altísimo que aquella piedra de Daniel que quebró los reinos y monarquías del mundo quebrantase también lo de este otro Mundo Nuevo; y así como la ley de Cristo vino, cuando la monarquía de Tomas había llegado a su cumbre, así también fue en las Indias Occidentales. Y verdaderamente fue una providencia del Señor; porque el haber en el orbe una cabeza y un señor temporal (como notan los sagrados doctores), hizo que el Evangelio se pudiese comunicar con facilidad a tantas gentes y naciones. Y lo mismo sucedió en las Indias, donde el haber llegado la noticia de Cristo a las cabezas de tantos reino y gentes, hizo que con facilidad pasase por todas ellas"¹².

Retorna con toda claridad la teología imperial de Eusebio. El lugar que en aquella teología ocupaba el imperio romano, ahora lo ocupan los imperios azteca e inca, ellos prepararon el terreno, unificando América, como Roma había unificado el mundo occidental de entonces. Todo para que se pudiese predicar el evangelio. Pero todavía faltaba una tarea. Esos reinos o imperios ya habían cumplido su misión. Ahora debían ser demolidos, destruidos. Esa es la obra que realiza "la piedra de Daniel". La conquista con todas sus monstruosidades queda así plenamente justificada.

La matriz de esta teología de la dominación (TdD) no es otra que el

proyecto de dominación en el que se inserta como su alma, su aliento vital, su sentido. Todos los misioneros y evangelizadores -muchos de ellos abnegados hasta lo indecible- defensores de los indios frente a los atropellos, sobre todo de los encomenderos, participan de esta TdD. El mismo Bartolomé de Las Casas sostiene la concepción providencialista de la historia que hemos visto en el padre Acosta ¹³.

Efectivamente, Bartolomé de Las Casas, apoyándose entre otros autores, nada menos que en Eusebio y Pablo Orosio¹⁴ sostiene que Colón fue elegido por el mismo Dios para realizar la tarea del "descubrimiento", tanto que lleva por nombre "Cristóbal", es decir, "Christum ferens", portador de Cristo, y por "sobrenombre Colón, que quiere decir poblador de nuevo el cual sobrenombre le convino en cuanto por su industria y trabajos fue causa que descubriendo a estas gentes, infinitas ánimas de ellas, mediante la predicación del Evangelio, y la administración de los eclesiásticos sacramentos, hayan ido y vayan cada día a poblar de nuevo aquella triunfante ciudad del cielo"¹⁵.

Ello no significa poner a Bartolomé de Las Casas, a los misioneros que participaron de su concepción y de su práctica e incluso a algunos conquistadores cercanos a dicha concepción, como Alvar Núñez Cabeza de Vaca ¹⁶, al lado y con el mismo título de opresores de Sepúlveda, Oviedo, Cortés o Alvarado. Todo lo contrario, Bartolomé de Las Casas es la figura sin duda más representativa de un proyecto que configura una práctica y una concepción que, si bien no logra romper los moldes de la TdD y, en consecuencia, no puede sobrepasar los límites del proyecto de dominación imperial, sin embargo se coloca en su seno mismo como un verdadero aguijón, un cuestionamiento a fondo de sus aristas más crueles e inhumanas.

La defensa que Las Casas, Valdivieso, Montesinos y tantos otros misioneros llevan a cabo en defensa de los indios y en contra de la inhumana explotación de los mismos que realizan los encomenderos, asombra y conmueve. Algunos de ellos, como Valdivieso, son verdaderos mártires de esta lucha. Otros, como Las Casas, han debido recurrir a todo tipo de estratagemas para salvar su vida y correr a defender a los indígenas allí donde la acción era más necesaria y resultaba más eficaz.

En este sentido, esta corriente formada por misioneros abnegados, forma parte de las raíces latinoamericanas de lo que hoy denominamos Teología de la Liberación (TdL). Pero en esta tarea de recuperación debemos ser totalmente honestos y serios. Recuperar no es falsear, mentir o exagerar. Todas estas luchas y los esfuerzos teóricos que las acompañaron tuvieron sus limitaciones que deben ser señaladas. Sólo así la recuperación significará un verdadero aporte a la propia *identidad* sin la cual no es pensable ningún proceso de liberación. Es en este sentido que señalamos las limitaciones de la teología de Bartolomé de Las Casas y en él, la de todos los misioneros que estuvieron a favor de los indígenas. En la teología de Las Casas Dios es concebido como

“sumo y poderoso Señor”, cuya “Corte y Palacio Real” es el cielo, donde tiene “su silla imperial”¹⁷. Es la misma concepción de Dios que tiene la TdD. Se parte del Dios emperador, todopoderoso.

A partir de esa premisa se realiza la lectura de los signos en la historia. Dios se manifiesta en la historia mediante signos que son puestos desde arriba, desde el poder. Por ello Colón es un signo de la presencia y del proyecto de Dios sobre América, porque expresa el poder de la católica monarquía española. Todo lo contrario sucede con la TdL. Esta concepción no parte de Dios como emperador, sino de Dios presente en el pobre, en el oprimido, en el que exige justicia, en el que tiene hambre. Los signos están allí, abajo. Se encuentran en las luchas de los oprimidos, en los indios que no aceptan el vasallaje, en los Calchiqueles que resisten la dominación española y se niegan a pagar el tributo¹⁸; están presentes en la protesta doliente y profunda de los mayas, expresada con intensidad y patetismo en el Chilam Balam¹⁹; están en la rebelión de Tupac Amaru que lúcidamente compara su lucha, la de los “infelices indios”, con la del “infeliz pueblo de Israel”, en poder de “Goliat y del Faraón”.

Cuando la matriz teológica parte de una concepción de poder y dominio, el pobre, el oprimido, nunca es considerado como sujeto histórico de su liberación, sino como objeto. En este caso el pobre, ya se trate de sectores sociales o de pueblos enteros, deben ser bien tratados, con justicia, pero su sitio está debajo. Deben obedecer, estar sometidos.

Partiendo de esta concepción de un Dios todopoderoso dominador del universo, es lógico que Las Casas pueda afirmar que “pudo pròvide, lícita y justamente el romano Pontífice, vicario de Cristo, por autoridad divina, cuyos son todos los reinos de los cielos e de la tierra, investir a los reyes de Castilla y León del supremo e soberano imperio e señorío de todo aquel orbe universo de las Indias, constituyéndolos emperadores sobre muchos reyes, tomando sus católicas personas. Por ellos los reyes de Castilla y León son verdaderos príncipes soberanos e universales señores emperadores sobre muchos reyes”²⁰.

La dominación de la monarquía española, concedida por la Sede Apostólica en nombre de Dios, es indiscutible para Las Casas y para todos los defensores de los indios. Amigos y enemigos de los indios, Sepúlveda y Las Casas, comparten esta concepción inherente esencialmente a la TdD que legitimó la conquista. Pero a partir de allí se dividen las aguas. Para los enemigos de los indios éstos o son menos que seres humanos o lo son incompletamente, están sometidos al demonio, a las supersticiones, no obedecen a las leyes naturales, de modo que deben ser violentamente sometidos. Para las Casas y los suyos, en cambio, su estatuto humano no se halla en cuestión. Más aún, los indios están dotados de excelentes disposiciones, de modo que debe proponérseles pacíficamente el mensaje evangélico, y deben ser respetados sus señoríos y principados.

La lucha principal de Las Casas y su partido la llevarán a cabo en contra

de los encomenderos, debido a que éstos constituían la expresión más violenta e inhumana del genocidio. En esta lucha Las Casas llegó a encontrar sólidos aliados en la corte española que tenía con los encomenderos agudas contradicciones. Esa lucha, la denuncia de los atropellos que los conquistadores realizaban en contra de los indígenas, constituyen lo mejor de Las Casas y de todo el partido indigenista.

3. Reconversión del capital y teología

El capitalismo derrotó al feudalismo en Europa y a otras economías precapitalistas en América, Asia y África. Con crisis recurrentes, cada vez más profundas y universales, de las que supo salir recurriendo siempre que fue necesario a medios masivos de destrucción, llegó, a partir de la década del 60', a la crisis tal vez más profunda de su historia. A partir de esa década se produce el fenómeno de "reconversión del capital" que no es sino un nuevo proceso de acumulación. Debido a la "baja tendencial de la tasa de ganancia", el capitalismo, para no morir, sino por el contrario, seguir con un crecimiento sostenido necesita recomenzar el proceso, lo que se logra mediante una concentración mayor de capital.

Más específicamente, la reconversión implica la restitución de la rentabilidad a las corporaciones internacionales, el salvataje de la banca acreedora y de la burguesía transnacionalizada, es decir, del bloque mundial del capital más concentrado. Esta nueva acumulación es ahora una reconcentración del capital.

Pero ello implica adoptar los medios necesarios como la expropiación de los salarios, la reducción de la producción de acuerdo a "la recomposición de las ganancias", la rejerarquización mundial del capitalismo de acuerdo a las nuevas hegemonías según la cual cada clase y cada país debe ocupar el lugar que le corresponde en el sistema mundial. En ese sentido resultan ridículas las expresiones de deseo de pertenecer al primer mundo y realizar actos de servilismo, como los que hace el gobierno argentino con relación al de los Estados Unidos, a fin de ser considerado primermundista.

Las condiciones de vida de los países del Tercer Mundo se están deteriorando cada vez más y están destinadas a continuar esa vía descendente. En términos redondos los países ricos tienen actualmente 800.000.000 hs. con el 70% del ingreso mundial, mientras que los países pobres con 400.000.000.000 hs. sólo tienen el 30% restante, lo que significa que el 70% del ingreso mundial va a parar al 15% de la población. Ello significa inmediatamente subalimentación y con ello, analfabetismo, enfermedades endémicas y muertes prematuras. El cólera, el sarampión y otras enfermedades de resonancias medievales serán de ahora en adelante nuestras compañeras de ruta.

Para implementar esta reconversión del capital, denominada también "modernización", los gobiernos están tomando diversas medidas como la

“capitalización de la deuda”, la flexibilización laboral y pactos entre partidos políticos. Estas medidas toman diversas denominaciones de acuerdo a cada país, pero se están aplicando en todas partes.

La deuda externa nació en nuestros empobrecidos países como por arte de magia. Y hoy, ya no sólo la deuda, sino sus simples intereses son absolutamente impagables. Por otra parte las Transnacionales no tienen ningún interés en su pago, es decir, en su pago hasta su cancelación porque de esa manera la deuda no cumpliría la función que está destinada a cumplir en este proceso de reconversión.

Efectivamente, la función de la deuda es su “capitalización”. ¿Qué significa ello? Nada más y nada menos que el traspaso liso y llano del control de la economía a las Transnacionales a través de las “privatizaciones”.

A pesar de la derrota de sus enemigos más peligrosos, los teóricos del capitalismo no se ocultan a sí mismo que una crisis de proporciones corroe las entrañas mismas del capitalismo. Para salir de ella, como siempre, por su lógica interna el capital debe recurrir a nuevas destrucciones, más profundas y masivas, que nunca, de vidas humanas y bienes materiales y culturales. La ideología con la que pretende salir de este marasmo en el que se encuentra envuelto y en el que ha arrojado a nuestros pueblos, es el denominado neoliberalismo.

El capitalismo no nació como liberalismo. No nació con las banderas de la libertad, igualdad y fraternidad. No desplegó las banderas de la democracia. Todo lo contrario. Su nacimiento fue gestado por la partera absolutista. Un Estado fuerte, verdadero Leviatán como lo denominara Hobbes, es el instrumento idóneo para disciplinar a la masa obrera que ha de aportar su fuerza de trabajo para el desencadenamiento de la revolución capitalista. Luego, en un segundo acto, podrá venir el Estado liberal. Después de Hobbes, Locke.

Liberalismo, como el nombre lo señala, indica libertad. Libertad de mercado, ante todo, la libertad madre de todas las libertades. El mercado, sabio entre los sabios, sabrá distribuir los bienes entre todos los habitantes mucho mejor que cualquier tipo de planificación ²¹. Cada cual con su propiedad, como vimos que sostenía Locke. Este primer liberalismo tenía motivos para pensar de esa manera. Los más lúcidos no se ocultaban los defectos que implicaba la distribución que realizaba la “mano invisible”²², pero no se veía nada mejor. Por otro lado, todo el mundo podía tener acceso a la propiedad. Había suficiente tierra para todos aquellos que quisiesen poner su sello personal sobre algún pedazo de la misma.

Pero en el neoliberalismo las cosas son a todas luces distintas. El trabajo no da acceso a la propiedad individual. Si siempre el trabajo fue social, pues el hombre es un ser esencialmente social, esta verdad hoy tiene una evidencia cegadora. No hay tierra sobre la que un obrero que hoy empieza a trabajar pueda poner su sello personal. Sólo puede ponerlo sobre productos que ya

tienen “marca registrada”. Por otra parte, el mercado ha mostrado toda su sabiduría al servicio de los que han acaparado los medios de producción. No distribuye equitativamente. Todo esto es demasiado evidente.

¿Por qué entonces el capitalismo pretende superar su crisis recurriendo otra vez a la ideología liberal? Porque de esa manera puede alzar nuevamente la bandera de la libertad frente a todos los “totalitarismos”, concepto bajo el cual se coloca a todos los regímenes que, de una u otra manera, pretenden escapar de las garras más feroces del capitalismo.

Esa bandera puede ser alzada, mostrada, alabada. Pero la práctica del capitalismo actual, denominada neoliberalismo, muestra exactamente lo contrario. Es intervención descarada con las armas más sofisticadas a aquellos países que resisten la “sabiduría” de la mano invisible; es imposición de una deuda externa que crece día a día y cuyos intereses se expresan en cifras “metafísicas”, impagable de por vida; es “privatización” de todo aquello que es rentable y había quedado en manos del Estado; es despido masivo de trabajadores; es programar y realizar una economía de la que millones de seres son dejados fuera, al margen, transformándose en “marginados”. Es ésta una característica, nueva, realmente novedosa, que ha producido el neoliberalismo. Implica un verdadero genocidio de características y masividad inéditas.

Frente a esta realidad no basta levantar la bandera de la libertad. No hay ideología que pueda mostrar su racionalidad. Es terriblemente irracional. Sólo la religión puede venir en su ayuda. Los teóricos neoliberales lo saben y a ella acuden. Es necesario leerlos. Daniel Bell llama la atención sobre “la necesidad de un vínculo trascendente que una suficientemente a los individuos para que sean capaces, cuando es menester de hacer los necesarios sacrificios de su egoísmo”²³. El vínculo trascendente, o sea religioso, ocupará el lugar que debiera ocupar la racionalidad, y dará a los pueblos el sentido de los sacrificios a que el neoliberalismo los someterá.

Irving Kristol se muestra como nadie celoso de que la religión ocupe su lugar de lucha en la etapa neoliberal. Ve en la “tradición judeocristiana” la fuente misma del “capitalismo liberal” y lamenta que “las iglesias, convertidas ahora en una suerte de empresa privada y voluntaria, quedan desposeídas de toda sanción y respaldo públicos, siendo cada vez más incapaces de enfrentar a sus contrincantes”²⁴.

Michael Novak avanza más. Elabora una verdadera teología del “capitalismo democrático” el cual, como la Santísima Trinidad, es “tres sistemas en uno: una economía predominantemente de mercado, una organización política respetuosa de los derechos individuales a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad y un conjunto de instituciones culturales movidas por ideales de libertad y de justicia para todos”²⁵. Desde las alturas de la Trinidad el “capitalismo democrático” desciende a la humildad de la “Encarnación” y se hace realista, sabiendo que “si Dios anheló tanto que su amado Hijo padeciera ¿por

qué había de ahorrarnos a nosotros el padecimiento? Si Dios no envió legiones de ángeles para que cambiaran el mundo para El, por qué habríamos nosotros de soñar con un cambio súbito?... *La ausencia de ilusiones es una alta forma de conciencia cristiana y judía*" ²⁶.

Nada de ilusiones, pues. "El argumento de la Encarnación consiste en respetar el mundo tal cual, reconocer sus límites y sus debilidades, sus aspectos irracionales y sus fuerzas malévolas y descreer de la promesa que ahora o en el futuro será transformado en la ciudad de Dios".

Hasta la feroz y sangrienta lucha de todos contra todos en el mercado capitalista, que deja continuamente un tendal de muertos, encuentra su plena justificación teológica en la parábola de los talentos, de Jesús, San Pablo, por su parte, adelantándose en varios siglos al "capitalismo democrático", "insta a todos a competir" ²⁷.

A la teología emanada desde el centro del imperio se suma la teología vaticana. Efectivamente, en la última encíclica sobre la cuestión social, la "Centesimus annus", luego de dar por sentado "el fracaso del marxismo para construir una sociedad nueva y mejor" ²⁸, propone la alternativa para nuestros países del Tercer Mundo. Hela aquí: "Un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía" ²⁹. Eso evidentemente es capitalismo del más genuino. La salida es capitalista si bien un cierto santo lo lleva al Papa a decir que "quizá sería más apropiado hablar de 'economía de empresa', 'economía de mercado', o simplemente 'economía libre' " ³⁰.

Frente a esta propuesta ubicada totalmente en la línea del neoliberalismo, cuyas desastrosas consecuencias estamos sufriendo en carne propia, tal vez se levanten voces cristianas protestando por tantas injusticias y tantas muertes que el proyecto neoliberal, magistralmente descrito y apoyando por Juan Pablo II, está provocando en nuestro continente latinoamericano. Juan Pablo II, se adelanta a responder recordando que el hombre "lleva dentro de sí la herida del pecado original que lo empuja continuamente hacia el mal" ³¹, y que, en consecuencia, debe despedirse de la idea ilusoria de que se "puede construir el paraíso en este mundo" ³², como ya lo dijeron el neoliberal Popper. Sólo al final de los tiempos el Señor hará justicia. Mientras tanto, la cizaña seguirá creciendo junto al trigo.

La religión, de esa manera, no falta a la cita y acude a otorgar sentido a la práctica genocida liberal, legitimándola a través de la teología del Vaticano.

4. Resistencia popular y teología

El apriete del bloque hegemónico del capitalismo sobre las clases populares genera resistencia por parte de éstas, originándose fuertes movimientos populares que luchan de diversas maneras para evitar la descomunal expro-

piación a que se les quiere someter. Estas luchas son acompañadas por nuevas tomas de conciencia y nuevas elaboraciones teóricas.

Como la mayoría de las poblaciones latinoamericanas de una u otra manera son cristianas, las luchas de liberación conmueven hasta en sus cimientos la manera de ser y de sentir como cristianos. Surgen fenómenos nuevos y en primer lugar, la participación consciente de grupos cristianos, como tales, en movimientos populares, de liberación y revolucionarios. En segundo lugar, el nacimiento de una nueva manera de ser iglesia, la iglesia popular, de los pobres, iglesia que nace del pueblo; y finalmente, una nueva manera de hacer teología, la TdL.

El fundamento de todas las transformaciones que se producen en el seno del cristianismo y generan la TdL se encuentra en esta nueva práctica junto a los sectores populares: Práctica con el pobre, desde el pobre; práctica política que asume diferentes matices: práctica social, práctica política en partidos políticos; participación en movilizaciones, en huelgas, en tomas de tierra e incluso en la lucha armada.

La TdL se replantea la relación entre práctica y conciencia, práctica y revelación, práctica y teología. Conforman siempre dos polos de una totalidad que se comportan dialécticamente. Así como no hay práctica sin conciencia, tampoco hay conciencia sin práctica. La revelación pertenece al momento de la conciencia y como tal debe darse necesariamente en la práctica. Pero, ¿en qué práctica? ¿Cuál es el sujeto de la misma?

El sujeto ya no es la Iglesia como institución, ni es la jerarquía, ni el magisterio sino el pobre, los pobres, el pueblo pobre. El pobre no es el objeto al que se dirige el sujeto de la revelación como podría ser la jerarquía eclesiástica, sino que es el sujeto de la revelación. Allí en el pobre, en su práctica, en sus necesidades, en su miseria que clama al cielo, se revela Dios, manifiesta sus mensajes, sus exigencias. La teología es una hermenéutica, interpretación de los mensajes de Dios a través del pobre.

La práctica del pobre es comunitaria, expresándose a través de movimientos populares; es política, es reivindicativa, clamando siempre por la satisfacción de sus necesidades elementales. Es a veces revolucionaria, cuestionando radicalmente el sistema de dominación a que es sometido; es pacífica la mayoría de las veces, pero en ocasiones se torna violenta.

Es una práctica histórica. Por ello la revelación se da en la historia, no fuera de la misma. Por otra parte, la historia no pasó, sino que pasa, transcurre, está presente. Dios no se reveló sólo en el pasado. La revelación no se clausuró con el Apocalipsis. Continúa hoy. Dios hoy está presente, y lo está de manera particular en nuestros pueblos pobres y en los pobres de nuestros pueblos.

En contra de la práctica jerárquica de las clases dominantes, la práctica del pobre es diaconal. Aún cuando uno de los efectos más deletéreos en los pobres es la influencia de la ideología de la dominación, que introduce su

propia concepción individualista y dominadora en los pobres, éstos siempre están más cerca de una actitud solidaria y servicial que los poderosos.

El *proyecto* a cuyo servicio se coloca la TdL es el Reino de Dios que no es el cielo, o el trasmundo, o el mundo de las almas. Es el proyecto de una nueva sociedad en cuyos bordes refulge la *utopía* de una sociedad igualitaria, donde todo se comparte, se posee la tierra y se hace translúcida la presencia de Dios, la plenitud del sentido.

La iglesia, sólo es instrumento-sacramento del Reino. Instrumento, en cuanto debe servir para apresurarlo. Sacramento, en cuanto lo prefigura. En ella se vive por anticipado el Reino. Si los valores de éste no se encarnan en ella, es porque la iglesia ha traicionado su misión. La iglesia está formada por comunidades que se hallan en movimiento. Por movimientos que se configuran y expresan de diversas maneras.

El Dios de la teología tradicional es un Dios sin pueblo, un Dios que está en la alturas o en el templo, lejos de los espacios en donde los hombres llevan a cabo sus luchas, viven, aman, gozan, sufren y se angustian.

Es un Dios que creó el mundo para su propia gloria; que todo lo hizo jerárquicamente, que ama el poder, tiene intereses propios, siendo la Iglesia jerárquica la garante de los mismos. Es un Dios que exige sacrificios, que vive de los sacrificios de los hombres.

El Dios de la TdL, en cambio, es un *Dios en el pueblo*. Entre Dios y el pueblo hay una alianza, un pacto, una mutua elección. *Dios-pueblo* conforman una totalidad con dos polos inescindibles. A veces se acentuará un polo, y a veces, otro. Ni Dios sin pueblo, ni pueblo sin Dios.

En la TdD la Iglesia ha sustituido al reino de Dios. Cristo aparece como fundador de la Iglesia que es jerárquica y teocrática, a pesar de la aguda crítica de Jesús de Nazareth en contra de la concepción y la práctica del poder jerárquico (Mc.10, 35-45). En América Latina se recupera la iglesia-comunidad, la iglesia que nace del pueblo, la iglesia instrumento-sacramento del Reino. Para su comprensión es necesario distinguir los niveles teológico, sociológico y político.

Teológicamente, afirmamos que Dios es la fuente de la iglesia. Es la presencia de Dios la que le otorga su todo su sentido y razón de ser. Sociológicamente creemos que el sujeto de la misma es el pueblo pobre. Por eso es la iglesia, que nace del pueblo, porque el pueblo es el sujeto de la revelación de Dios. Políticamente, es una iglesia comprometida con la liberación, pero nunca asume el lugar de los instrumentos políticos.

Tiene distintas expresiones como Comunidades Eclesiales de Base, Movimientos, grupos, etc. Es pueblo de Dios en camino. Es una iglesia ecuménica, comunitaria y diaconal.

Esta nueva y antigua manera de ser cristianos no se apartó de las luchas populares en contra de los ajustes neoliberales, sin que se incorporó a las

mismas. O mejor, desde el mismo seno del pueblo participó en esas luchas y allí vivió su fe como fermento de liberación.

El imperio vio con claridad que esta manera de ser cristiano como iglesia popular, que se expresa teóricamente en la TdL, se constituía en uno de los grandes enemigos de su práctica dominadora, por lo cual decidió tomar cartas en el asunto. Por ello, ya en el primer documento de Santa Fe se afirmaba que "la política exterior de Estados Unidos debe comenzar a enfrentar (y no simplemente a reaccionar con posterioridad) la teología de la liberación tal como es utilizada en América Latina por el clero de la 'teología de la liberación' ".

Esto no es de extrañar. Toda lucha política se desdobra siempre en una lucha ideológica; y toda lucha ideológica tiene siempre un componente religioso y, por consecuencia, teológico. De la percepción de esta realidad por parte de los "intelectuales orgánicos" de las clases populares del Tercer Mundo, depende en gran parte que no hay que esperar otros quinientos años para lograr la liberación.

Buenos Aires, septiembre 1991.

* Ponencia presentada en el Simposio "500 años de la conquista" Univ de Nimega. Holanda. 5-10-91.

notas:

¹ Según la tesis weberiana el dogma de la "predestinación" habría jugado un papel importante en el nacimiento del capitalismo, a través de una determinada hermenéutica realizada por el calvinismo. Según un decreto eterno de Dios o "doble decreto", algunos están destinados a ser salvos y otros, a ser condenados, nadie puede cambiar ese decreto. Para creyentes en serio eso sería insoportable. El decreto no se puede cambiar, pero se pueden tener "indicios" de la propia salvación. Si se tiene capital, se lo invierte racional y metódicamente y el éxito acompaña, ello constituye un indicio seguro de salvación. (Cfr. Max Weber: La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Ed. Diez, Buenos Aires, 1974, pp. 111-206).

² Cfr. Marx: El Capital, Ed. S. XXI, Buenos Aires cap. XIII, pp. 480-490.

³ Locke, J.: Ensayo sobre el gobierno civil. Ed. Aguilar, 7ª Ed., Buenos Aires, 7º ed. 1977, p. 23.

⁴ Op. cit., p. 23.

⁵ Op. cit., p. 26.

⁶ Cfr. Todorov, T.: La conquista de América (La cuestión del otro), Ed.S. XXI, 1987, p. 144.

⁷ Bula "Inter cetera" del 3 de mayo de 1493; "Eximiae devotionis", del mismo día y año; otra "Inter cétera", del 4 de mayo de 1493, y "Dudum siquidem", del 26 de setiembre del mismo año.

⁸ Díaz del Castillo, B.: La conquista de la Nueva España (Selección) ed. Eudeba, Buenos Aires, 1977, p. 134. "Y con el apellido del Señor Santiago comenzaron a subir" (Cortés, H.: Cartas de la conquista de México, Ed. Sarpe, Buenos Aires, 1985. p. 112).

⁹ "Lo otro que les demandó -Cortés- fue que dejaran sus ídolos y sacrificios, y respondieron que así lo harían; y les declaramos... las cosas tocantes a nuestra Santa Fé, y cómo éramos cristianos y adorábamos a un solo dios verdadero. Se les mostró una imagen muy devota de Nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos y se les declaró que en aquella santa imagen reverenciamos, porque así está en el cielo y es madre de Nuestro Señor Dios" (Díaz del Castillo: Op. cit., p.35).

- ¹⁰ "Y tal era la tierra que nuestros pecados nos habían puesto" (Cabeza de Vaca, A.N.: Naufragios. Alianza Editorial Madrid, 1985. p. 88). "El cual aquel día se acabara de ganar si Dios, por nuestros pecados, no permitiera tan grande desmán" (Cortés: OP. cit., p. 136). "Y Cortés le respondió, saltándosele lágrimas de los ojos: "Oh hijo Sandoval que mis pecados lo han permitido" (Díaz del Castillo: Op. cit., p. 176).
- ¹¹ Para la lucha del movimiento indigenista y en particular de Las Casas, cfr. Mires, F.: La colonización de las almas. Ed., DEI, San José Costa Rica, 1990; y Friede, J.: Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo", Ed. S. XXI, 1974.
- ¹² Acosta J.: Historia natural y moral de las Indias. F.C.E. México, 1979, pp.375-376.
- ¹³ El padre Acosta participa plenamente de la TdD, pero no es para nada enemigo de los indios, como puede considerarse que lo son Sepúlveda y Oviedo.
- ¹⁴ Las Casas, B.: Historia de las Indias. F.C.E., México, I, p. 11.
- ¹⁵ Las Casas, B.: Op. cit., pp. 28-29.
- ¹⁶ "Estas gentes todas, para ser atraídos a ser cristianos y a obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevados con buen tratamiento" Cabeza de Vaca, A.N.: Op. cit., p. 157.
- ¹⁷ Las Casas, B.: Op. cit., p. 23.
- ¹⁸ "El día I Caok (27 de marzo de 1527) comenzó nuestra matanza por parte de los castellanos. Fueron combatidos por la gente y siguieron haciendo una guerra prolongada. La muerte nos hirió nuevamente, pero ninguno de los pueblos pagó €1 tributo" (Memorial de Solola (Anales de los Cakchiqueles). Edición de Adrián Recinos, F.C.E., México, 1980, p. 131.
- ¹⁹ Sobre todo en la "segunda Rueda profética de un doblez de Katunes" (Chilam Balam (El libro de), F.C.E., México, pp. 68-85).
- ²⁰ Las Casas, B.: Tratados, Ed. F.C.E., I, pp. 479-181.
- ²¹ Cfr. Smith, A.: La riqueza de las naciones, F.C.E., 1979, p. 402.
- ²² Cfr. Hegel: Filosofía del Derecho, # 185; ## 243-244.
- ²³ Bell, D.: Las contradicciones culturales del capitalismo. Ed. AE, 2ª edición, 1982, pp. 160-165. "¿qué nos mantiene aferrados a la realidad, si nuestro sistema secular de significados resulta ser una ilusión? Me arriesgaré a dar una respuesta anticuada: el retorno de la sociedad a alguna concepción de la religión" Op. cit., p. 40).
- ²⁴ Kristel, I.: Reflexiones de un neoconservador, GEL, Bs. As, 1986, p. 5
- ²⁵ Novak M.: el espíritu del capitalismo democrático. Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 4ª ed., pp. 11-12.
- ²⁶ Op. cit., pp. 364-365.
- ²⁷ Op. cit., p. 369.
- ²⁸ "Centésimus annus" (CA). Ediciones Paulinas, mayo, 1991, p. 68 Juan Pablo II no se preocupa por distinguir entre marxismo, socialismo real, comunismo. Utiliza los términos indiscriminadamente. Para él son variantes cuya distinción es meramente "escolástica".
- ²⁹ CA, pp. 83-84.
- ³⁰ CA, p. 84.
- ³¹ CA, p. 48. La reafirmación del PEC.
- ³² CA, p. 48. La reafirmación del pecado original preocupa a los teóricos neoliberales, pues cierra el camino de las utopías que llegan a penar en un mundo sin guerras, cuando es sabido que "la noción misma, de un mundo sin guerra es fantástica" (Kristol, I.: Reflexiones de un neoconservador, GEL, Buenos Aires, 1986, p. 365). Michel Novak, por su parte, afirma que el sistema del capitalismo democrático, que se considera el sistema natural de la libertad y el que mejor se ajusta -de todos los hasta ahora creados en la historia- a las premisas del pecado original, tiene como meta combatir la tiranía, fragmentar y controlar el poder, pero no reprimir el pecado" (Op. cit., p. 375).
- ³² CA, p. 49.